

LA CIENCIA Y LA VOZ FEMINISTA Y LATINOAMERICANA DE UNA CIENTÍFICA: SARA RIETTI

Fecha de recepción: 27 de febrero de 2011

Fecha de aceptación: 10 de marzo de 2011

G. Iraima Mogollón M.¹

iraima.mogollon@gmail.com

VENEZUELA

RESUMEN

Presento un relato construido con las palabras de la científica Sara Rietti, tomadas de diversas entrevistas, de una larga conversación que sostuvimos recientemente y de varios artículos escritos por la misma Sara. Se destaca en el relato su reflexión sobre la Ciencia y Tecnología como fenómeno socio-cultural complejo, su vínculo con el devenir político argentino, su ideal de democratización del conocimiento, su acercamiento a la crítica feminista de la ciencia y su pensamiento latinoamericanista.

Palabras clave: ciencia, tecnología, feminismo, democratización, Latinoamérica

ABSTRACT

Submit a story built in the words of scientist Sara Rietti, taken from various interviews, a long conversation we had recently and several articles written by Sara herself. Highlighted in the story to reflect on the Science and Technology and socio-cultural complex phenomenon, its link with the Argentine political future, her ideal of democratization of knowledge, and her approach to the feminist critique of science and Latin American thought.

Key words: science, technology, feminism, democratization, Latin America

Introducción

Sara Rietti dice que ella no se especializa, sino que se dedica, que siempre será una aficionada. Es evidente en Sara la pasión que puede deducirse de esta afirmación, su entrega a lo que hace y el compromiso que a lo largo de su vida profesional y ciudadana ha asumido con el pueblo argentino y latinoamericano. Con esa pasión, entrega y compromiso ha realizado una carrera científica que le ha dado un merecido (como en pocos casos) reconocimiento y prestigio. Una carrera científica que nunca desligó ni desliga de lo que ella llama sus intereses más profundos.

1 Facultad de Ingeniería. Universidad Central de Venezuela.

Entrar en contacto con sus palabras puede convertirse en una palanca para la reflexión crítica sobre el complejo fenómeno socio-cultural que constituye la Ciencia y Tecnología. Reflexión que junto a Sara Rietti propongo realizar desde una perspectiva feminista y latinoamericana. Esta fue mi experiencia al conversar con esta extraordinaria mujer argentina, al leer documentos escritos por ella misma para diferentes tipos de publicaciones y al revisar diversas entrevistas que ha concedido.

Tomé sus palabras para armar el relato que a continuación presento y ofrecer la oportunidad de percibir su voz a la vez tranquila e intensa. No coloqué las frases de esta científica entre comillas por dos razones. Una es que en algunos casos sustituí conectores, cambié tiempos o personas verbales, modifiqué el orden sintáctico de los sintagmas y/o la puntuación, incorporé algunos recursos lingüísticos; todo para dar coherencia y fluidez al relato. Otra razón es que las comillas resultarían en un elemento perturbador para la lectura, puesto que su apertura y cierre se hubiese tenido que hacer con una frecuencia muy alta.

Los datos de las entrevistas y los textos escritos por Sara Rietti, de los cuales tomo sus ideas, opiniones, ejemplos, anécdotas, etc, están listados en las referencias finales, las cuales no incluyen ningún otro documento, puesto que ningún otro fue utilizado para elaborar el presente relato. Las palabras que aparecen en cursiva son tomadas de la grabación de una conversación que sostuve con nuestra científica el 27 de octubre del 2010.

A lo largo del texto, las propias palabras de Sara Rietti nos dan cuenta de su trayectoria científica y profesional, siempre ligada a los vaivenes políticos de su país. Sus inicios en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, su experiencia con «la noche de los bastones largos», su arrinconamiento durante el duro período de la última dictadura militar argentina, su vuelta a la Universidad en tiempos de democracia.

También nos ofrece una perspectiva epistemológica, al reflexionar sobre la concepción hegemónica de la producción del conocimiento y la posibilidad de visiones alternativas. Cuestiona la «neutralidad» y «universalidad» de la ciencia y la tecnología, y entiende que éstas responden a construcciones sociales determinadas por un contexto social, cultural y político. De allí que el relato incluya su idea de democratización del conocimiento como forma de cambiar los paradigmas de una ciencia eurocéntrica dominante.

Su preocupación política por la ciencia la ha llevado a acercarse a los planteamientos de la crítica feminista de la ciencia. Por ello, reflexiona sobre el proceso de mimetización y el fenómeno de la exclusión de la mujer en el campo de la ciencia y la tecnología. Sara Rietti ve el mundo desde un lugar que se nos ha atribuido a las mujeres y que, en muchos casos, asumimos complacidamente: el del cuidado, el de una relación armoniosa con la naturaleza que supere la tendencia destructiva del desarrollo científico y tecnológico actual.

Pero, también ve en Latinoamérica una alternativa central. El pensamiento latinoamericanista, la influencia de los pueblos originarios y su relación más sana con la naturaleza, ciertos ambientes menos colonizados, todo en conjunto, podría llevarnos por un camino diferente al que lamentablemente ha emprendido la magnificencia científica y tecnológica.

Es este pensamiento latinoamericanista y feminista con respecto al avance presente y futuro de la ciencia y la tecnología, lo que he querido destacar con las propias palabras de Sara Rietti que enlazo a continuación.

MIS INTERESES CIENTÍFICOS Y MIS INTERESES MÁS PROFUNDOS

Yo era una «adicta» a las matemáticas; y también me apasionó la lógica y la elegancia de la física y la química. Me gustaba, y me gusta, encontrar un marco explicativo para los hechos y el mundo que nos rodea. Por otra parte, yo he tenido sensaciones muy satisfactorias, de contenido casi estético, al poder «entender» un problema muy complicado, al poder imaginar un modelo.

Pero ¿cómo comienza esta historia de entrega a la ciencia? Inicié mis estudios en los años cincuenta, elegí la carrera de Química. Ingresé a la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires. Era una facultad de excelencia, situación desencadenada por una dinámica que se inicia a finales del siglo XIX, cuando se comenzó a acumular en la Argentina un interesante patrimonio científico, que culminó en 1942 con un Premio Nóbel en medicina; lo cual es difícil de adscribir a un hecho fortuito. Este premio fue en realidad expresión de un proceso social, claramente observable en el hecho de que otros dos científicos argentinos fueron acreedores años después a la misma distinción.

Es decir, se podía decir que en el país se hacía ciencia, al menos en algunos campos. En las décadas del 50 y 60, junto al proceso de modernización que implicaba la incorporación y adopción de patrones internacionales

en diversos aspectos de la actividad nacional, la universidad entró en un franco proceso de creación de conocimiento y de desarrollo de la ciencia.

Pero, retomo mis propios inicios. Yo entro a la Facultad en los años cincuenta. *En el primer período de Perón hubo una presión para que los docentes de la Facultad de Ciencias Exactas se afiliaran al partido peronista. Hubo una renuncia masiva de docentes. Yo quería recibirme en la especialidad de Físico-Química, era lo que más me gustaba. El docente importante en esto fue uno de los que renunció y yo tenía que seguir con un profesor que la chingaba, un desastre. Esto significó que yo no podía terminar físico-química en la Facultad de Ciencias Exactas. Había un profesor muy inteligente, Selman Eggebertel, quien vino al país contratado por la Universidad de Tucumán y luego pasó al Centro Nacional de Energía Atómica. Era un gran físico-químico. Con él terminé la materia y comencé la tesis en Química Nuclear. Como quedé embarazada y no tenía garantías en cuanto a la radioactividad, no quise arriesgarme y me retiré de allí.*

En julio de 1966, con un golpe militar, se intervino la Universidad de Buenos Aires; fue un doble golpe, institucional y personal. Había un patrimonio científico-tecnológico importante. Ahí estaban Rolando García como decano, Oscar Varsavsky como profesor, Amilcar Herrera, Mario Bunge en Filosofía. El día de la intervención, que se le conoce como «la noche de los bastones largos» yo estaba con Víctor en la Facultad de Ciencias Exactas, en el Decanato. Víctor había sufrido hacía unos meses un derrame cerebral. Oímos el ruido de entrada de la policía por el 212 y el Decanato era el 272.

Rolando le dice a Víctor «Vos te vas de acá». Y él responde «Yo sin Sarita no me voy». Entonces Rolando me empuja porque yo no quería irme. Nos empuja, nos abre la puerta, también a una compañera embarazada, y fuimos los últimos en salir por 272. Esperamos en la puerta y después fuimos a las comisarias.

Éramos muy especiales, muy comprometidos. Exactas era una Facultad de excelencia. Después de la noche de los bastones largos, durante tres meses discutimos qué hacer, irnos o quedarnos con un gobierno militar muy fascista. Renunciamos todos. Decidimos que no íbamos a volver a la Universidad, y como había un patrimonio científico-tecnológico muy importante armamos la migración de los científicos en tres corrientes: Venezuela, Chile y Brasil. Yo participé en el armado de grupos para que no hubiera como un desguace; no llegaban sueltos a esos países, llegaban en grupo y se armaban departamentos o líneas de investigación.

Después que largamos a todos al mundo, convocamos a una reunión en mi casa donde planeamos el Centro de Estudios de Ciencias. Allí manteníamos una mirada crítica sobre temas de ciencia y política. Boris Spivacow crea el Centro Editor de América Latina, al cual pertencí y ocupé un lugar en su consejo directivo. Se constituyó el Centro de Planificación Matemática, bajo la conducción de Óscar Varsavsky; se formaron grupos de educación, salud pública, vivienda. Yo participaba en el grupo de educación, y coordinaba el de Motivación e Inclusión. Óscar sostenía que lo importante no eran los modelos, sino pensar, innovar en temas para un proyecto nacional, es decir, en la educación, la participación, la motivación.

Argumenté sobre mi precariedad en esos temas, tomando en cuenta mi extracción profesional. Pero me fui educando en temas que, ciertamente, no me podían ser ajenos, que eran cercanos a mis intereses más profundos.

En 1974, como integrante del Instituto Nacional de Tecnología Industrial, participé en la primera misión comercial y de intercambio técnico y cultural hacia Cuba. Avanzamos un poco en esta misión, pero emergió la represión brutal y salvaje de lo que fue el período más negro de nuestra historia, el que va de 1976 a 1983, y que trastornó al país y lo sumergió en la violencia, la muerte, el exilio masivo y la figura de la desaparición. Momento muy negro, que aún hoy cuesta recordar. Junto a mucha gente salvajemente desaparecida, también desapareció cualquier forma de pensamiento alternativo.

Mi primer refugio fue el Centro de Investigaciones sobre Estado y Administración (CISEA). Allí estaban Dante Caputo, quien luego fue Ministro de Relaciones Exteriores de Alfonsín; Jorgito Sábato, historiador, sobrino de Jorge Sábato, el gran pensador latinoamericano; Aldo Ferrer, economista que consiguió en un gobierno anterior una disposición por la cual el Estado se comprometía a comprar producción nacional. Mi primer trabajo fue la bibliografía y el marco para el trabajo «El poder de compra del Estado y su influencia sobre el desarrollo tecnológico», iniciativa de Aldo Ferrer.

Luego estuve en un programa del PNUD sobre el tema ambiental, estaba como en un nicho, arrinconada. Se formó un grupo de amigos de confianza (geólogos, sociólogos, urbanistas, de ciencias políticas) convocado y coordinado por una geógrafa. Hicimos maravillas, aprendí muchísimo.

En 1983, se entró en un proceso de recuperación institucional del país. Yo seguí trabajando con el mismo cuerpo de ideas, acompañando la gestión de Manuel Sadosky en una Secretaría de Ciencia y Tecnología, que para el presidente Alfonsín y para la comunidad científica que había

sobrevivido a tanta destrucción, tenía entidad de ministerio. Lo que fuimos haciendo, sin un registro preciso ni como parte de una estrategia definida, fue introducir nuevamente nuestra temática y la forma de abordarla.

Habiendo participado de ese primer gobierno democrático y acumulado cierta experiencia de campo, retomado el vínculo con una comunidad científica muy diferente a la que yo conocía y a la que había pertenecido, me integré nuevamente a la Universidad de Buenos Aires. Primero ocupé un cargo de gestión, luego me responsabilicé de coordinación y docencia del postgrado de Política y Gestión de Ciencia y Tecnología.

Personalmente, tuve necesidad de que transcurriera un buen período de estabilidad institucional para recuperar la capacidad de cuestionar libremente, para volver a interrogar sobre quiénes éramos, de dónde veníamos... Los años del proceso militar nos habían acostumbrado a mantener cierto distanciamiento respecto al entorno; vivíamos, trabajábamos, pero no pensábamos en términos teóricos o en función de un proyecto. Y no bastó que se proclamara la democracia: la memoria y el corazón tienen sus propias leyes.

Volver al ámbito de la Universidad, a lo que ella tiene de más rico –la posibilidad de pensar con libertad y levantar algo de vuelo, de definir una posición frente a una clase– significó la posibilidad de retomar la propia identidad y el diálogo en voz alta.

Claro que hubo rechazo y malestar por parte del pensamiento y el accionar canónico. Se rechaza con soberbia e ignorancia, desde la superestructura, la necesidad de una reflexión crítica que alerte sobre la urgencia de instalar, al menos, alguna forma de control ético. Encandilaba la perspectiva de la globalización y la competitividad, no se estimulaba el tren de imaginar caminos alternativos, el discurso predominante aludía al fin de la historia y la muerte de las utopías.

Lo que en los primeros años de nuestra democracia se podía entender por las huellas que dejara la censura, la autocensura y el dolor, ahora ya no tenía más explicación que cierto acomodamiento o pereza a enfrentarse con ideas inquietantes que cuestionaran lugares comunes. Ideas que obligan a mirar de otra manera algunas de las dificultades que estaban emergiendo sin piedad, y a preguntarse sobre los presupuestos básicos del modelo vigente y sobre nuestras aspiraciones, en particular en el campo de la educación, la ciencia y la tecnología.

Desde principios de los años 90, y acompañando el predominio de una concepción economicista –a la vez que una creciente escasez de recursos aplicados al financiamiento de la educación–, en la universidad se desplegaron enormes esfuerzos para alinearse con los problemas de la economía y la producción, a veces en forma indiscriminada. De tal manera que se impuso una fuerte corriente dirigida a ajustar y hacer eficiente la relación universidad empresa, en especial en el área Ciencia y Tecnología. Al punto de convertirse en una vinculación casi monopólica, desplazando a otros campos del conocimiento en los que la universidad debería estar presente –entre otros los de la educación y divulgación–. A veces con efectos indeseables en cuanto a la independencia que ha de caracterizar el pensamiento académico.

Es lo que explica, por ejemplo, que se eludiera la tarea de rescatar la figura quizá más original y emblemática del pensamiento latinoamericano de la época de la «esperanza». Por ello, en el postgrado Política y Gestión de Ciencia y Tecnología organizamos un seminario sobre la obra y el pensamiento de Oscar Varsavsky, en 1996, a veinte años de su muerte prematura. El producto fue un libro titulado **Oscar Varsavsky: una lectura postergada**, publicado en Caracas en el 2007. Si no se pudo publicar en Argentina, se hizo en Venezuela, parte del territorio de nuestra patria común.

Por suerte, hoy en parte se está de vuelta de la experiencia de los noventa, o al menos se la analiza más críticamente; de tal manera que lo que hasta hace muy poco se podía considerar una preocupación exótica, alcanzó ahora un cierto status de respetabilidad.

ELUDIR EL REINO DE LOS EXPERTOS. PROMOVER UNA PARTICIPACIÓN IGUALITARIA

Desde hace muchos años enarbolo una bandera, la de la democratización del conocimiento. Es una demanda de fuerte contenido político: no entregar a los expertos el protagonismo en cuestiones que hacen al destino de las personas y de la condición humana. Tenemos la responsabilidad de asegurar la participación de la gente, especialmente de aquella más afectada por la introducción de ciertos avances tecnológicos.

El tema central es cómo se democratiza y se comparte el conocimiento, cómo se elude el reino de los «expertos» y sus corporaciones, para que ese conocimiento sea un patrimonio colectivo. Para que una ciencia alcance identidad y valor social, la relación con su comunidad, con su

sociedad, debe constituir un eje central para fijar sus objetivos, condicionar su carácter y su temática.

También se relaciona con esto una característica subsidiaria de la obra de Oscar Varsavsky: el énfasis en conseguir la traducción de cuestiones relativamente complejas en términos sencillos y pertinentes; una apasionada preocupación ética le imponía, entre otras cosas, el ser particularmente claro para posibilitar la participación lúcida y comprometida de la gente.

No puedo dejar de referirme a la vinculación ciencia, tecnología, sociedad y educación. Asocio la actividad de enseñar ciencia y la de alfabetización en Ciencia y Tecnología, con la democratización del conocimiento. Con ello aludo enfáticamente a su dimensión política. Estoy planteando una opción conceptual e ideológica, que tiene fuertes correlatos a nivel instrumental, sobre la forma de enseñar. No se enseña de la misma forma, e incluso cambian los contenidos, si se está dando acceso a un instrumento para la igualdad y la democracia, o si, por el contrario, se asumen las formas de dependencia que se establecen a partir del desarrollo y la tenencia desigual del conocimiento.

Cambia la forma de enseñanza de la ciencia si se toma conciencia práctica, con una perspectiva política de las relaciones de poder que la ciencia acentúa entre países y entre grupos sociales. No es el mismo trabajo de un científico, o la forma de enseñar de un profesor, cuando el objeto de referencia es parte de una construcción social, que hacerlo en relación a verdades con visos de absoluto, casi sagradas; lo que hace de la tarea un poco la de oráculos.

Hoy se hace imprescindible acercar a la gente cierto conocimiento básico para poder compartir como ciudadanos decisiones cruciales. Mi expectativa sería que la universidad, situada en el vértice de la actividad educativa, pasara a encabezar un esfuerzo por extender el conocimiento necesario para hacer posible un ejercicio verdadero de la ciudadanía; que exige una alfabetización vinculada a los contenidos de la actual sociedad tecno-científica.

La universidad y la investigación institucional tienen una responsabilidad en el acceso de la gente al conocimiento necesario para el ejercicio de una ciudadanía lúcida y responsable. Y pienso que las mujeres, sin excluir a los varones, poseemos una especial motivación y talento en relación a esos propósitos; lo que lejos de ser desvalorizado debe tener reconocimiento y estímulo.

Uno de los antecedentes locales en la constitución del campo de investigación y de acción sobre democratización del conocimiento es la corriente llamada «Pensamiento Latinoamericano sobre Ciencia, Tecnología y Sociedad» (PLACTS) que se gestó en la década de 1960, que partiendo de una aguda perspectiva política, apuntaba a la transformación de nuestros países a través de un manejo apropiado de los instrumentos disponibles en ciencia y tecnología. Esta postura, actualmente revalorizada, después de años de olvido, censura y persecución, seguidos de un entusiasmo tecnocientífico acrítico, emerge hoy con identidad y fuerza realizada por desarrollos teóricos convergentes, tanto en el ámbito de los estudios sociales de la ciencia como en el campo de los estudios CTS, provenientes en general de los países centrales.

Habría que decir que la democratización del conocimiento implica la idea de «no neutralidad» de la ciencia y la tecnología, entendiendo que sus marcos teóricos y modelos no son universales y que sus aplicaciones no son necesariamente progresivas sino que constituyen resultados contingentes de procesos sociales de construcción, que ocurren en un determinado contexto socio-histórico, cultural y filosófico, el cual debería ser referido y analizado en el proceso de enseñanza de la ciencia.

Cabe destacar que partiendo de la concepción actualmente hegemónica, que considera a la ciencia como neutral y universal, los países periféricos toman como propios los estándares definidos en los países centrales para normar la promoción de temas de investigación y para la evaluación de la producción en ciencia y tecnología. Esto se hace sin tomar en cuenta que en el primer mundo la investigación científica y tecnológica y las innovaciones guardan alguna relación con metas representativas de esas sociedades por más que atiendan a intereses discutibles.

En los países periféricos el traslado acrítico de los modelos, temas y criterios de evaluación en ciencia preponderantes en los países centrales resulta catastrófico. La idea de una ciencia única y absoluta, con escaso rédito para nuestro medio, convierte a los países periféricos en «exportadores» de científicos muy bien formados para las necesidades del primer mundo.

El resultado de esto, como muestra la estudiosa brasileña Lea Velho, en un trabajo muy bien documentado, es que América Latina es insignificante en la «big science»; y al mismo tiempo ha perdido espacio en campos ligados a nuestra cultura, a nuestras enfermedades y necesidades.

De esta manera la democratización del conocimiento constituye una forma alternativa de pensar las políticas para el desarrollo del conocimiento

y su distribución donde las problemáticas de la ciencia, la educación y el desarrollo social aparecen como tres ejes articulados con igual jerarquía.

La actual crisis del sistema social y económico, en la que lo científico y tecnológico ocupa un lugar central, se caracteriza por una acelerada concentración de la riqueza, un insostenible incremento de la pobreza y la desigualdad y un vertiginoso deterioro del ambiente con consecuencias impredecibles. Estos procesos obligan a repensar las políticas para ciencia y tecnología, su relación con los pueblos, sus culturas y la sustentabilidad ambiental.

En ese sentido se torna imprescindible el desarrollo de nuevos criterios de evaluación de tecnologías que contemplen compromisos dejados de lado respecto a muchas de esas cuestiones «sensibles» y en particular, la promoción de una participación más igualitaria de la gente en las decisiones que esto implica. Una de las claves se vincula con la implementación de políticas educativas en ciencia y tecnología que apunten selectivamente a asegurar este propósito.

Esto exige que la propia política científica y tecnológica incluya un ejercicio más acabado de los derechos ciudadanos como un objetivo fundamental, y comprometa desde sus fundamentos, expresados en prioridades y criterios de evaluación, la capacidad y vocación de científicos y educadores para contribuir a la democratización del conocimiento.

¿LOS VARONES Y LAS MUJERES EN LA CIENCIA? HAY PULSIONES E INTERESES DISTINTOS

Me acerqué tardíamente al tema de la «cuestión» de la mujer, pero esta «nueva» perspectiva me abrió un espacio inesperado de interpretaciones y caminos para pensar y hacer. Puedo decir que tuve acceso a un campo de enorme riqueza conceptual y potencialidad política. Me caracterizo como doblemente diferente ante la ciencia y la tecnología de los países centrales: mujer y de un país periférico. Para mí es de especial interés sostener la diferencia.

Ciertamente, Marie Curie es un símbolo, pero las feministas en los últimos años se han ocupado de mostrar que ha habido mujeres y contribuciones importantes en el campo de la ciencia desde siempre, pero casi siempre a la sombra de un varón. Yo creo que es fundamental asumir las diferencias, y no actuar bajo sombras. Las enormes implicaciones teóricas y prácticas de perspectiva feminista, su potencialidad para el

cambio y el crecimiento político, nos hacen entender que el papel de las mujeres en el campo académico, asumiendo las diferencias, contribuye a la transformación del fenómeno científico tecnológico, y su relación con la educación y el desarrollo social.

Cuando yo inicié mis estudios había una relativamente escasa representación femenina en la universidad. Éramos pocas las mujeres. Para el ingreso a Ingeniería había una sola mujer sobre más de cien varones; en Química éramos del orden de un cuarto. Muchas seguían la carrera para poner un laboratorio de análisis clínico en sus propias casas cuando se recibieran; ése era un trabajo más o menos aceptable para una mujer. Creo que había y hay pulsiones e intereses distintos.

En la pretensión de conocimiento objetivo, neutro, sería lo mismo la producción hecha por un varón que por una mujer. Pero la crítica epistemológica feminista muestra que esto no es así: la «mirada» impregna las preguntas y la dotación de respuestas posibles. Especialmente en áreas muy sensibles de las biociencias, donde la perspectiva condiciona fuertemente el tenor del modelo y se hace más patente que no es lo mismo una mujer que un varón. En las áreas más duras las consecuencias son más sutiles y se reflejan en un estilo fuertemente objetivo, mecanicista, finalista, que de hecho margina la complejidad. Y se convierte en el modelo de conocimiento. Este modelo es instrumental, cada vez más al servicio de relaciones de poder destructivas.

Me preguntan sobre el malestar femenino con respecto a la ciencia. Yo observo que en nuestra comunidad científica es muy difícil que una mujer exitosa detecte o acepte alguna dificultad por su condición de mujer. Cuando se habla más detenidamente a veces se llega a «descubrir» algo. Mi interpretación es que no tuvo o no registró dificultades porque actuó el mecanismo de mimetización. Nosotras entramos a un campo construido por varones, al que tenemos acceso a través de un largo proceso social de igualación liderado por varones. Las mujeres que entrábamos a la universidad, de una u otra forma, tratábamos de parecernos a los varones; en la forma de actuar y de pensar. El estilo lo dictaba el varón.

Siempre cuento que yo me intereso en la problemática de género a partir de mi compromiso con las cuestiones de política científico-tecnológica, propias de un país periférico; que ya me habían enseñado que ciencia y tecnología no son neutras. Al acercarme a los argumentos de las mujeres, también «diferentes» o «periféricas», enfrentadas con la construcción androcéntrica de la ciencia, se me hizo evidente el fuerte paralelo entre

ambas situaciones. En ambos casos, países periféricos y mujeres, se hacen enormes esfuerzos por «parecerse», tratando de obviar las diferencias, olvidando que en su origen hay relaciones de poder, no gratuitas. Es evidente que países periféricos y mujeres estamos obligados a eludir un camino trivial, que es perversamente estéril.

El costo de la mimetización es que se pierde para todos, mujeres y varones, una cuota importante de creatividad, una expresión diferente de ver la realidad que enriquece el conocimiento; serían otras formas de interacción con la naturaleza, distintas a las que se han impuesto, producto de varones. Una forma distinta de hacer ciencia que se manifiesta mayormente en la elección de los temas, en las preguntas que se formulan, en los modelos y metáforas que se despliegan para forjar las explicaciones. También en la expectativa o el significado que la tarea tiene dentro de tu vida.

También me señalan dos reclamos habituales de las voces femeninas universitarias: la discriminación y la falta de interlocución. En cuanto al primero, no hay discriminación en la etapa de ingreso a los grupos de trabajo, en los puestos de menos jerarquía; las mujeres somos muy productivas y apreciadas en ese sentido. Hay puertas abiertas, cuantas más mujeres mejor para hacer funcionar el sistema. En cuanto a la conducción en los puestos jerárquicos, basta mirar los números; sobran las interpretaciones, se da lo que las feministas llaman el «techo de cristal».

Ahora bien, las mujeres no estamos más representadas en las jerarquías elevadas no sólo porque nos discriminan, sino también porque eludimos esa situación aterradora de extrema competencia. Conozco muchas mujeres que considero muy distinguidas y creativas, aquellas que se animan a pensar más por su cuenta, que no tienen ganas de seguir ese juego. Lo consideran un castigo, no toleran esa competencia tan dura, el clima asfixiante, la visión absoluta de los problemas. También se podría interpretar que las mujeres dejamos la competencia para los varones. A veces me inclino a pensar que les dejamos las cosas más feas, las más duras. No es que nos las quitan, las cedemos...

En cuanto a aquellas que optaron por seguir las reglas y ascienden sin problemas, o con pocos, es bastante probable que si lograron evitar muy exitosamente la exclusión, ha sido a costa de someterse al modelo masculino.

Me señalan el creciente interés por el tema de la subjetividad como elemento de la práctica científica. Creo que se abriría un mundo de

conocimiento alternativo. Los efectos de una subjetividad balanceada que interviniera en el desarrollo del conocimiento serían impensables y positivos. La ambigüedad angustia al varón más que a la mujer, pero esa característica, asumida y aceptada, podría ser muy positiva, en particular en la interpretación de los fenómenos naturales, intrínsecamente complejos, y ambiguos.

En cuanto a la falta de interlocución, «es decir que muchos hombres no establecen diálogo con las mujeres, o lo establecen desde un lugar de superioridad, de soberbia, es decir que no habría escucha» (Sociedad, 2003: 227), he debido atravesar muchas pruebas. Efectivamente he tenido que enfrentar más de una vez manifestaciones de soberbia o de superioridad «innata». El tiempo me ha ido otorgando ciertos privilegios y legitimidad; sólo en los últimos años me he podido permitir ciertas expansiones, fundamentalmente en la medida que me fui afirmando acerca de la legitimidad y sentido de mis diferencias. Sé que tengo un privilegio, que me dan los años y una cierta trayectoria. Un varón de condición semejante a la mía, de parecida edad y trayectoria, en general siente que tiene derechos que le otorgan su sabiduría y experiencia; yo en cambio pienso que me toleran...

Como mujer interesada en la continuidad de la vida, me importa especialmente el curso que hemos de seguir en Argentina, en Venezuela y en toda Latinoamérica, región donde coloqué mis mayores esperanzas respecto a un cambio de rumbo, que implique una fuerte reacción frente a este proceso siniestro en el que estamos sumergidos, de trivialización, de consumismo, de falsa información.

Para que el aporte diferencial de las mujeres sea efectivo, para dar un salto cualitativo que realmente ayude a desmontar la construcción androcéntrica, debe producirse desde una perspectiva política militante; como parte de una corriente de acción y pensamiento, que va definiendo la construcción de un campo propio. El movimiento feminista, de raíz eminentemente política y activista, resulta extraordinariamente fértil en cuanto a desnudar los mecanismos androcéntricos que han operado en la construcción de la ciencia.

Mi aspiración es que varones y mujeres, juntos, podamos echar luz sobre la construcción heredada. Para desmontar las aberraciones cognitivas y las consecuencias para el destino humano, de la tecnociencia actual. Y no puedo dejar de decir que esa responsabilidad y urgencia se multiplica desde nuestro lugar en América Latina.

¿UN NUEVO MODELO CIENTÍFICO-TECNOLÓGICO? LATINOAMÉRICA TIENE LA PALABRA

Ciertamente, desde la periferia, en muchos casos, lejos de atender al interés de nuestras sociedades se está al servicio de un régimen económico globalizado y salvaje, escasamente dispuesto a cualquier ejercicio de participación o control, con riesgos crecientes para el conjunto de la población e incidencia selectiva en los grupos más vulnerables.

Pero ante esto contamos con un rico pensamiento latinoamericano sobre ciencia, tecnología y sociedad; que nos provee de un sólido sustento teórico y humano para pensar las cosas que nos preocupan en la región, en relación con nuestras debilidades en desarrollo social e inclusión.

Hay mucho que trabajar, estudiar y pensar para elegir en cuál «canasta» colocar las prioridades. No basta con aumentar el presupuesto o triplicar el número de científicos. Hay un enorme campo de acciones específicas para desarrollar y sostener una ciencia diferente, para un proyecto nacional y latinoamericano diferente. Para todo eso necesitamos de la mirada de los investigadores y pensadores de las ciencias «blandas». Hoy más que nunca, lejos de parcelar los saberes, necesitamos tender puentes entre «duras» y «blandas».

En cuanto al financiamiento de nuestra ciencia por parte de los organismos internacionales, yo le dije al Ministro de Ciencia y Tecnología de Argentina en el 2008: ¡No pongamos al lobo a cuidar nuestras gallinas! Aquellos que suscribieron el Consenso de Washington y que aconsejaron o condujeron el «proceso de modernización» de nuestra educación y nuestras universidades no pueden ser los que nos den créditos para un «modelo diferente».

Para fundamentarlo en clave algo más reflexiva, nos puede ayudar recordar cómo cambió nuestra «independencia económica» a partir del momento en que cancelamos nuestra deuda con el FMI. Y eso sin contabilizar los efectos positivos sobre nuestra salud mental, al no tener que ver las caras de los expertos que nos enviaban y sus dedos admonitorios.

Salvando las diferencias, sí se puede afirmar que el campo del desarrollo de la ciencia y la tecnología en la sociedad actual constituye un área estratégica. Para su desarrollo no necesitamos fondos extraordinarios de los cuales no se disponga; fondos que, por otra parte, promueven un turismo cinco estrellas, de funcionarios, periodistas y expertos, hacia los centros internacionales que nos los otorgan graciosamente; debilitando la capacidad de juicio del más pintado. En todo caso, pongámonos las

botas y hagamos turismo de aventura en la zona cordillerana, donde poblaciones excluidas luchan para defender sus medios de vida frente a la amenaza que significan las explotaciones mineras en danza.

Lo que hizo la ciencia occidental es irreversible, hay muchos elementos y herramientas de ella con los cuales estamos conviviendo. Yo no me imagino, a esta altura del desarrollo humano que retrocedamos, pero soy bastante dura o preocupada por el fenómeno científico-tecnológico que no sabemos a dónde nos conduce. Yo hice ciencia y sé que es muy difícil criticar la ciencia si no la conoces; para tratar de domarla y hacerla humana y racional hay que conocerla. Yo tengo la solución, lo digo en broma, pero en serio.

A la gente que hace ciencia le pedimos que convaliden lo que están haciendo. Esto se hace a través de publicaciones en revistas especializadas. Éstas son las del hemisferio norte y para publicar allí hay que tener la línea editorial de las revistas y, en general, éstas son financiadas por los grandes grupos farmacéuticos, alimentarios. Lo que nosotros tenemos que hacer es desarrollar otra ciencia y otra tecnología y, entonces, necesitamos otras instancias de evaluación de la producción científica. Hagamos revistas latinoamericanas serias, con comités serios. Es el desafío más importante que tenemos.

Con respecto a la cuestión ambiental te hablo como una mujer que sabe un poco de ciencia, un poco de ecología. Tengo la posición de una mujer que defiende su casita. A las mujeres el hogar nos importa mucho. Además de una pasión científica, para mí es como que me están quemando la casa. ¿Dónde van a estar mis hijos, mis nietos, mis bisnietos? Estamos incendiando el planeta. ¿Qué va a pasar si nosotros no paramos esta cuestión autodestructiva? La casa se nos viene abajo. Tenemos que cambiar radicalmente lo que le pedimos a la naturaleza.

En este sentido yo creo que Latinoamérica es central. No estamos tan agarrados por el modelo, no tenemos todos los beneficios del Norte. Y de alguna forma tenemos una cierta influencia de un ambiente natural menos colonizado, alguna influencia de los pueblos originarios que tuvieron una relación más saludable con la naturaleza.

A pesar de la mimetización de la que he hablado en varias oportunidades, tenemos resquicios. Por ejemplo, cuando el Club de Roma planteó los límites del crecimiento y el Instituto Tecnológico de Massachusettes (MTI) hizo el modelo para ese problema, Amílcar Herrera responde con el modelo latinoamericano. ¿Qué nos iban a decir con el modelo del MTI? Que restringiéramos el uso de los recursos, que tuviéramos más hambre.

Este mundo se va al carajo y Latinoamérica es la alternativa. La cultura eurocéntrica no ve el problema, no imagina otro proyecto. El pensamiento latinoamericano tiene la capacidad de conducir un modelo científico-tecnológico diferente. En Latinoamérica estamos en condiciones de ser interlocutores de una ciencia que es destructiva y de decir «No, por acá no va». Nuestro desafío es que a partir de la acentuación de las desigualdades en las relaciones de poder, su comprensión se hace más evidente. Resulta ser como esas experiencias de laboratorio que se eligen para una demostración, porque no contienen elementos que oscurezcan el núcleo que se quiere mostrar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Di Marco, Laura (2010). «Una mente brillante: la primera química nuclear de Argentina». **La Nación**. 11 septiembre 2010. Disponible en: http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1303610&origen=NLTitu [2010, septiembre 11]
- Rietti, Sara (1999a). «La democratización del conocimiento, en el centro de la relación «Ciencia, Tecnología, Sociedad». Ponencia presentada en el panel «Buenos Aires sin Fronteras». Facultad de Derecho, Universidad de Buenos Aires. Abril 1999
- Rietti, Sara (1999b). «Políticas de ciencia, tecnología y educación para la democratización del conocimiento». Ponencia presentada en Jornadas Educación Permanente: Ciencia y Tecnología para todos. Asociación Mutual «Ciencia para Todos». Buenos Aires. Septiembre – octubre 1999
- Rietti, Sara (2007). «Introducción». En: Sara Rietti (comp). **Oscar Varsavsky: una lectura postergada**. Caracas: Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología / Monte Ávila Editores Latinoamericana
- Rietti, Sara (2008 [2007]). «Palabras de apertura». En: María Riera (ed). **Ciencia y revolución. Homenaje a Oscar Varsavsky**. Caracas: ediciones Ministerio del Poder Popular para la Ciencia y Tecnología. p19-31
- Rietti, Sara (2008). «El lobo, las gallinas y la ciencia». Página 12. 28 junio 2008. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-106845-2008-06-28.html> [2011, febrero 22]
- Rietti, Sara (2010). «Ciencia y Mujer, la importancia de «pertenercer» y asumir la diferencia. Significado y responsabilidad en un país y una región

de la periferia». Ponencia presentada en Encuentro de Bariloche. Comisión de Energía Atómica / CONICET. Abril 2010

Sociedad (2003). «Género y ciencia: mimetización o diferencia. La cuestión de un país periférico. Conversación con Sara Rietti». **Sociedad**. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. N° 22. Primavera 2003. p 223-234

Portal de Facultad de Farmacia y Bioquímica. Universidad de Buenos Aires (s/f). «Rietti-Massarini: democratizar el conocimiento» [Documento en línea]. Disponible en: <http://asesoriapedagogica.ffyb.uba.ar/?q=rietti-massarini-democratizar-el-conocimiento> [Consulta: 2010, septiembre 23]

